



Punto de vista

Fernando Cordero

Religioso de los Sagrados Corazones y Periodista

La seducción de los valores

Cuando educas a tus hijos o a tus alumnos, el día a día te sumerge en una batalla de lo cotidiano y las prioridades se marcan por las necesidades más inmediatas. A veces se hace difícil encontrar un tiempo para tomar distancia y reflexionar sobre quiénes son, cómo son y cómo queremos que sean los pequeños que se nos confían.

Si miramos atrás, nuestra infancia y adolescencia nos hizo a nosotros, y buceamos en los recuerdos para encontrar las cosas que nos enseñaron a vivir. Pero aquello parece lejano, y la distancia ha dejado muchas cosas relegadas en el olvido y otras parecen pasadas de moda. Incluso los nombres de aquellos valores que tanto significaron para nosotros: cosas como la austeridad, la templanza y fortaleza de carácter, la pureza y castidad, la obediencia, la honestidad o la pobreza hoy suenan trasnochados, pasados de moda, fuera de lugar. Otros cobran un mayor protagonismo en nuestros foros educativos. Sin embargo nos preguntamos si al relegar los primeros al olvido, no hemos perdido por el camino algunas cosas muy importantes.

Es necesario una educación en valores en la escuela. De esos valores que en aquellos tiempos llamábamos virtudes, nombre también que suena a rancio, pero que hunde sus raíces en la tradición más antigua de los griegos a los que, como decía Aristóteles, les importaba «no tanto saber lo que es bueno, sino ser bueno». Ese sentido práctico de entrenamiento de los comportamientos visibles, hábitos interiorizados de hacer el bien es lo que queremos recuperar para la escuela.



Es necesario educar en valores durante la infancia y esa adolescencia cada vez más precoz de los últimos años de primaria, donde los cambios que experimentan nos desconciertan a los educadores. La cuestión no es dar recetas sino interpelarnos sobre cómo seguir fomentando los hábitos de una vida virtuosa, que hoy llamamos vidas de una calidad moral y espiritual excepcional que les permita convertirse en adultos testigos de la vida evangélica en un mundo de nuevos desafíos y necesidades.

Educar en valores puede convertirse en una nueva seducción, a veces arrinconada como las virtudes olvidadas. Apostemos entonces por educar en el respeto activo, cultivar el pensamiento crítico y riguroso, la tensión hacia la perfección personal, la resiliencia, los lenguajes del afecto profundo, el valor del dinero, el sentido del tiempo, el valor del compromiso, la espiritualidad y la visión de futuro.



Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova

Deán del Capítulo Catedral de Barcelona
secretaria@catedralbcn.org

Alegría... incluso por tener más hambre

Los humanos tenemos el objetivo de la alegría bien fijado. Todos quisiéramos estar alegres. No todos lo conseguimos. Diferentes causas pueden influir en este fiasco: la herencia genética, el hecho de querer que tanto las personas como las cosas sean perfectas, el resentimiento, la duración de las penas, algún fracaso que nos hace desconfiar de la bondad del mundo, la crítica...

Sin embargo, nuestra mediocridad como la del mundo, desde el punto de vista evangélico, no pueden quitarnos ni la alegría ni la paz del corazón. El evangelio es Pascua,

Buena Noticia, conversión del alma. El sentido de la responsabilidad no puede producir malhumorados. Jesús, al publicar las bienaventuranzas del Reino, nos trazó el yunque donde se forja la alegría: la pobreza en el espíritu, en las lágrimas, en el intento por poner la propia voluntad paralela con la de Dios, en el corazón puro, en la benignidad inocente... La alegría es imitación de Cristo. Es interesante, al leer los evangelios, fijarse en el buen humor confiado de Jesucristo.

El Sirácida, del Antiguo Testamento, ha escrito: «No te abandones a la tristeza ni te atormentes con tus pensamientos. La alegría de corazón es vida para el hombre y la felicidad le alarga los días. Distrae tu alma y consuela tu corazón, aparta de ti la tristeza: pues la tristeza ha perdido a muchos, de ella no se saca ningún provecho. Envidia y malhumor acortan los días, las preocupaciones producen vejez prematura. Un corazón radiante tiene buen apetito y le aprovecha todo lo que come.»

A propósito de...



P-J Ynaraja

Capellán del Montanyà
ynaraja@ynaraja.e.telefonica.net

Olivo (4)

He dedicado demasiado espacio al olivo y al aceite. Estos artículos no pretenden ser minúsculos ensayos, acabaré, pues, hoy.

San Pablo en la Carta a los Romanos (11,15ss) escoge a nuestro árbol como imagen-símbolo de la Iglesia, de la incorporación a Ella y de la igual dignidad de todos sus miembros.

«Porque si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos? Y si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa también las ramas. Que si algunas ramas fueron desgajadas, mientras tú —olivo silvestre— fuiste injertado entre ellas, hecho participe con ellas de la raíz y de la savia del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, sábetete que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz que te sostiene. Pero dirás: las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. ¡Muy bien! Por su incredulidad fueron desgajadas, mientras tú, por la fe te mantienes. ¡No te engrías!; más bien, teme. Que si Dios no perdonó a las ramas naturales, no sea que tampoco a ti te perdone.»

Van ahora las anecdóticas alusiones a las que me refería. Ya comenté al principio de tratar el tema que el aceite se utilizaba como condimento, también como vehículo de ciertos perfumes, originariamente resinas sólidas, era medicina, cubría la superficie de líquidos almacenados en ánforas, para disminuir su deterioro por oxidación, alimentaba las lámparas domésticas y del templo, amén de ser ingrediente sagrado para unción de reyes, sacerdotes, profetas y lugares. Generalmente le llamamos óleo cuando su utilización es para finalidades de orden superior. A este respecto no quiero dejar de señalar el pasaje del Génesis que describe al patriarca Jacob que huye, duerme, sueña y despierta y, asombrado, reflexiona y dice: «¡Así pues, está Yahvé en este lugar y yo no lo sabía!» Y asustado dijo: «¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!» Levantóse Jacob de madrugada, y tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella" (28,17-18) (1 S 10,1). Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, (1 S 16,13) Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió.

El aceite que se llevaba de viaje consigo siempre, para tenerlo a punto en diversas circunstancias, iba guardado, o envasado, en un cuerno hueco, recipiente este de suficiente capacidad, resistente y sólido, a prueba de golpes, y de cierre seguro.